

si propio aquellas coronas y de habérselas ceñido á sus sienes, el señor de Couëdic comprendió que bastaba que volviese repentinamente á presentarse en Bretaña, ó que no pudiese ser interceptada una carta que de nuevo enviase, para poner á Marcela al corriente de la situación, hacerla enterarse de las estratagemas de que su tío se valía y hacer que le fuese inútil el trabajo hecho. Era, pues, muy prudente aprovecharse de las nubes que oscurecían el cielo de la dicha de aquellos dos amantes y desunirlos para siempre.

El marqués se impuso esa nueva tarea, que iba ahora á ocupar y á entretener su ociosidad.

La casualidad debía ayudarle: un domingo, al salir de misa mayor, en el pórtico de la catedral de Saint-Brieuc tuvo el placer de encontrarse con uno de los hombres más distinguidos del partido legitimista, el señor de Baud, que, después de haber defendido con talento sus ideas en el periódico mejor escrito de Bretaña, había sido elegido para representar el departamento de las Costas del Norte en la Cámara de Diputados.

El marqués, deseoso de hablar largo tiempo con su correligionario, le invitó á que fuese á pasar una temporada á su posesión de Couë-

dic, y el diputado se apresuró á aceptar aquella invitación, que parecía colmar su deseo y acaso designios ocultos.

XI

En efecto, después de permanecer largo tiempo en Couëdic el señor de Baud, al despedirse del marqués, le comunicó la profunda impresión que había causado en su alma la señorita Marcela Barrett, y el placer con que se casaría con ella, si le fuese permitido aspirar á pretender su mano.

Esta confidencia, bajo la cual se ocultaba una petición de matrimonio indirecta, pero bastante clara, causó en un principio cierta extrañeza al viejo aristócrata. No había pensado jamás en ver en el señor de Baud un futuro yerno; no veía en él sino al hombre público, pero sus cualidades como marido no las había observado. Hasta estaba tentado por ereerlas negativas, porque el diputado por las Costas del Norte andaba próximo á los cuarenta años, no tenía bienes de fortuna, y eso era visto

y sabido en toda Bretaña, y pasaba por gozar de una salud muy delicada. Vuelto de su primer sorpresa y acostumbándose más á la idea que acababa de serle sometida, el señor de Couëdic se vió obligado á reconocer que, si su huésped, bajo cierto aspecto puramente material, dejaba mucho que desear, bajo el punto de vista moral ofrecía grandes garantías: no solamente pertenecía á una de las más antiguas y de las más ilustres familias del país, sino que se había hecho un hombre estimado, tenía una gran posición, pasaba por ser uno de los consejeros del Príncipe desterrado, y sería llamado sin duda á los más elevados cargos, cuando en un tiempo no muy remoto triunfase la buena causa.

De todos modos, la cuestión merecía ser pensada y examinada con cuidado, y quién mejor que Marcela podía ayudar al marqués en aquel estudio?

Apenas estuvo Marcela al corriente de la situación, rechazó en absoluto dedicarse á examen alguno: por instinto no quería casarse con el diputado por las Costas del Norte.

Era obrar con poco tacto ante la terquedad del marqués: él, enemigo de hacer concesiones, no podía admitir que hubiese nadie que se opusiese á sus órdenes. Antes de conversar

con Marcela, no había tomado acuerdo alguno decisivo con respecto á su matrimonio; ahora le deseaba, y si hiciese falta, le impondría. Toda nueva resistencia debía aferrarle en su opinión, y hacer que su voluntad fuese invariable.

Había también comprendido, desde las primeras palabras de su sobrina, que sus desdenes para con el de Baud, eran inspirados en su amor por Didier, y el viejo aristócrata se sentía herido en lo más íntimo de no haber conseguido, á pesar de sus esfuerzos, vencer aquel amor prohibido, y arrancarle del corazón de Marcela. ¡Pues qué! ¿se la ofrecía entrar en la familia de los Baud, é iba ella á persistir en llamarse señora de Prades? ¿al hombre que estaba en perfecta comunión de ideas con su tío, prefería el hijo de un enemigo de su familia? ¡Era ser ingrata con el que la había recogido, educado y querido como si hubiese sido hija suya!

Desde entonces no tuvo el señor de Couëdic más que una idea fija: continuar su obra, hacer triunfar su voluntad, separar para siempre á su sobrina de Didier.

Para conseguir su objeto, tuvo paciencia, se hizo hábil, adquirió las cualidades de un buen diplomático; consagró su tiempo á sermonear

á su sobrina para convertirla y estrecharla de todos los modos posibles. No temía descender hasta vigilarla, y del mismo modo que otras veces había confiscado las cartas de Didier, se apoderó de dos ó tres cartas en que Marcela, desesperada y temiendo sucumbir en la lucha que había emprendido, llamaba en su auxilio al barón de Prades.

Los cuidados y los trabajos del señor de Couëdic merecían tener su recompensa.

Marcela, sin tener ninguna noticia de París, creyéndose decididamente olvidada, cansada, abatida y falta de fuerzas, se declaró vencida y accedió por fin á los deseos de aquel cuya protección le faltaría, si hacía una resistencia más grande, encontrándose en tal caso sin recursos y hasta sin hogar.

Al momento, el señor de Baud, á quien hay que hacerle esa justicia, no había tomado parte alguna en los manejos del marqués, y esperaba en París, con los pies en las chinelas, la decisión de Marcela; fué sabedor de que al fin había accedido, y estaba conforme.

Al día siguiente de recibir tan grata nueva, se leía en el *Moniteur*, en el extracto de la sesión del Congreso de Diputados, después de una votación: «El señor de Baud, diputado por

las Costas del Norte, ausente con licencia.» Durante un mes, el Gobierno iba á tener el placer de registrar un voto menos en el activo de las oposiciones.

El futuro esposo, á quien la última sesión había hecho debilitar su salud, hizo, gracias al cuidado del marqués, su entrada triunfal en la posesión de Couëdic. Todos los pobres de las Costas del Norte se hallaron en su camino para darle la bienvenida. Pero él tuvo el buen gusto de mostrarse modesto en la victoria: no cansó á Marcela con su ansiedad, y se creyó obligado á hacerla la corte de un modo tan discreto, que ni se apercibió ella siquiera. En cambio, entretenía los ocios del señor de Couëdic, y encerrándose todo el día con él, le hablaba de los futuros destinos de Francia.

En fin, al cabo de tres semanas, porque las amonestaciones fueron públicas, se oyeron echar á vuelo las campanas de Saint-Brieuc, viéndose dirigir á la catedral las notabilidades de Morbihan y del departamento de las Costas del Norte. Entonces el marqués de Couëdic, radiante de alegría, llevó á su sobrina al pie del altar, mientras el órgano dejaba oír sus tristes acordes. El señor de Baud se arrodilló junto á la desposada y... el sacrificio se consumó.

Tres días después de la ceremonia, espiraba la licencia del señor de Baud, y los esposos se dirigieron á París. Hubiera sido fácil que la licencia se hubiese prorrogado; el presidente del Cuerpo Legislativo se hubiese apresurado de seguro á darla por tiempo indefinido. Pero la oposición no era entonces muy numerosa y llamaba á un colega cuya voz les era muy necesaria.

El marqués se quedó solo en su posesión de Couëdic. Para pasar el tiempo tuvo la satisfacción de poderse decir á todas las horas del día, que se había vengado del señor de Prades que había triunfado de todas las resistencias, y había casado admirablemente á su sobrina.

La llegada á París de los señores de Baud fué casi campestre. Se apearon en la calle de Vanneau, donde la hierba crece entre las piedras del pavimento, con lo cual, los que en ella habitan pueden hacerse la ilusión de que viven en provincias. El señor de Baud, cuando fijó su domicilio en París, después de su elección, escogió, en recuerdo de Saint-Brieuc, aquella calle tan tranquila. Había apreciado sus modestos hábitos, y lleno de atenciones para su joven esposa, la llevaba allí á pasar la luna de miel y las otras lunas también.

Marcela se instaló del mejor modo posible en uno de aquellos antiguos edificios cuyos espesos muros la recordaban las ruinas de Cesson, distribuyó el tiempo entre las labores de su casa y los cuidados que debía á su marido, que volvía de las sesiones de Cortes cansado, con mucha tos y muy decaído.

Cuando por la noche contaba los puntos de su cañamazo, ó miraba dormir á su esposo, tenía verdadero placer en transportarse con la imaginación á Bretaña. Ella vivía de hecho en París; pero todo induce á creer que hubiese elegido su domicilio en la posesión de Couëdic mejor que allí. Volvía á ver sus viejas torrecillas, sus praderas, sus cercados. Se perdía en sus verdes sendas, recorría las orillas del Gouët, se dirigía al mar y tomaba su baño en compañía del querido compañero de su infancia.

Como en sus buenos tiempos, avanzaban los dos cogidos de las manos, la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón en busca de las olas.

¿Qué hacía ahora? ¿En qué se había convertido? La habría él olvidado por completo. Se sentía ponerse encarnada, cuando sin darse cuenta de ello se hacía á sí misma esas preguntas. ¿Tenía derecho para hablar del pasa-

do? ¿Sus pensamientos la pertenecían? ¿No podía, acaso, evitar que se oscureciesen?

Bien pronto se daba toda clase de seguridades, diciéndose que, aun cuando su imaginación la llevase muy lejos, ella sabría permanecer fiel á sus deberes, y que ¿cuándo iba á tener ella noticias de Didier?

Mucho se engañaba; el señor de Baud se encargó de dárselas.

A pesar de su escaso favor en los Ministerios, muchos pretendientes acudían á pedirle su protección para obtener cualquier destino que por casualidad estaba vacante: la plaza del barón de Prades, que había muerto de repente, por ejemplo. Según de Baud decía, por las noticias que le habían dado sus colegas, porque entregado por completo al estudio, no estaba muy al corriente de las noticias parisienses, el señor de Prades había muerto muy á tiempo para no verse obligado á presentar la dimisión.

El ver tantos billetes de Banco como aflúan en el negociado que él desempeñaba había ido embriagándole poco á poco, como otra vez en Bretaña, el perfume de sus cartas amorosas, y obligado por razón de su cargo á ocuparse de la deuda pública, había por cuenta propia cultivado la deuda privada. Su caja estaba in-

tacta, pero el Ministerio de Hacienda se quejaba hacía tiempo ya de estar siempre lleno de gentes que se creían acreedores del Estado porque tenían por deudor á un funcionario público.

El hijo del señor de Prades, un buen muchacho, de quien todo el mundo hacía los mayores elogios, añadía el señor Baud, iba á encontrarse de la noche á la mañana sin medios de subsistencia, y hasta á verse obligado, para pagar las deudas de su padre, á vender las posesiones que le quedaban en las Costas del Norte.

Tales fueron las tristes noticias que Marcela obtuvo acerca de su compañero de infancia; y revivieron sus recuerdos hasta tal punto, que por prudencia no se atrevió á dar ninguna muestra de simpatía por aquel á quien siempre tenía en su corazón.

XII

El retiro absoluto á que el señor de Baud había condenado á Marcela, no sistemáticamente ni por manía, sino por el horror que sentía hacia la sociedad, por su amor al trabajo y al silencio; aquellas largas noches pasadas cerca de su marido, soñoliento ó embebido en los estudios más abstractos, acaso también por ocultas sublevaciones contra la existencia que la habían obligado á aceptar, aspiraciones á otra clase de vida; ciertas luchas misteriosas y sin cesar renovadas, de que salía victoriosa á costa de grandes esfuerzos de voluntad, alteraron poco á poco la salud de Marcela.

La ciencia acudió felizmente en su auxilio: un médico inteligente comprendió el mal que aquejaba á su cliente, y en vez de disponer drogas inútiles, tuvo el talento de aconsejarla una existencia más accidentada, más placentera.

Estas prescripciones causaron cierta emo-

ción en el señor de Baud: si se tratase de remedios farmacéuticos, de píldoras, de coccimientos, sería para Baud un placer dárselos él mismo á Marcela, y para darla ejemplo por costumbre y hasta por gusto, los hubiese tomado con ella. Pero pedirle que proporcionase distracciones á una mujer aburrída, era verdaderamente exigir demasiado de su mansedumbre. Trató, sin embargo, de obedecer á la Facultad: durante un mes entero llevaba todos los días á su mujer, á las dos en punto, á las Cortes; tenía cuidado de colocarla en una de la mejores tribunas, desde donde oía á nuestros primeros oradores discutir acerca de los azúcares indígenas. Llevó su condescendencia hasta tomar parte en los debates, con gran sorpresa de los periodistas, que le habían puesto por mote el Mudo de las Costas del Norte. Habló durante tres horas seguidas, y al sentarse recibió las felicitaciones de todo su partido, dichoso de tener tan rara ocasión de manifestarle sus simpatías. Aquel gran éxito le envalentonó: al discutirse los presupuestos, lanzó contra el Gobierno y el ministro de Hacienda serias censuras, que hicieron que fuese llamado al orden varias veces. Pero ¿qué le importaba aquel pequeño contratiempo? Había conseguido animar la

sesión, provocando uno de esos incidentes tan deseados del público de las tribunas.

No contento con tratar de que pasara Marcela los días lo más entretenida que podía, quiso también dedicarla las noches: todas ellas, á las nueve, se sentaba á su lado en una butaca antigua, cubierta con una funda, cerca de una hermosa estufa de carbón de cok, y tenía la amabilidad de leerla los párrafos más inspirados de su última obra sobre el origen de la flor de lis.

Esta vida de placeres y aquellas tentativas no produjeron el resultado que se deseaba: Marcela se desmejoraba de día en día.

Entonces el señor de Baud, que en el fondo era un hombre honrado y un marido excelente, dentro de sus modestos alcances, rogó á su mujer que se distrajese sola, poniendo á su disposición su caja, y entregándole las llaves de todo, y él se entregó de nuevo á sus estudios favoritos.

Marcela se vió muy confusa: ¿hacia qué parte dirigirse? ¿Qué puertas eran esas que debía abrir? ¿Dónde estaban esos campos de distracción cuya llave tenía ella? El joven, á quien á los veinte años se le deja sueltas las riendas y se lanza desde una provincia ó desde la calle de Vanneau á París, emprende inmediata-

mente la carrera hacia el boulevard de los Italianos, se sienta una hora en Tortoni, come en la Maison Doré y acaba la noche, si es invierno en los Bufos, y si es verano en Mabilé. Pero esas distracciones no estaban al alcance de Marcela: no había oído nunca hablar ni de Mabilé ni de los Bufos, y además no tenía ningún caballero que la acompañase.

Estaba, pues, en el umbral de la puerta de su casa, con la llave en la mano, cuando los recuerdos de su infancia vinieron en su socorro. Antes de encerrarse en Bretaña con su tío, había pasado, en vida de su padre y de su madre, tres años en París, ó más bien en el Sagrado Corazón, y había hecho gran amistad con una joven de su edad, Lucila Peyrot. Separada más tarde de su amiga, mantuvo correspondencia con ella, autorizada por el señor de Couëdic. Un día, Lucila notificó á Marcela su matrimonio: se casaba con un joven de veinticinco años, Jorge de Saire, empleado en las oficinas de uno de los primeros agentes de cambio de París.

Marcela, en tiempo de sus amores con Didier, segura de vivir en París, había prometido ir á ver á su condiscípula y presentarla su marido. En vez de haberse casado con el señor de Prades, se había unido al diputado por

las Costas del Norte. Presa ahora de desaliento, dominada acaso por un sentimiento de amor propio, había dudado en hacer conocer á aquel matrimonio joven su diputado valedurario.

Pero hoy ya el señor de Baud no la estorbaba en lo más mínimo: decidido á pasar la vida en el palacio de Borbón ó en la calle de Vanneau, no saldría de su concha, que él sabría cerrar herméticamente, aun cuando se cometiese la indiscreción de quererle buscar en ella. Marcela podía, sin peligro, hacerla su visita de boda; en vez de presentarla un marido de carne y hueso, se lo presentaría de memoria y de viva voz. Lucila, de quien ella recordaba su alegría y su atrevimiento, que muchas veces la había entretenido con sus placeres parisienses, poseía evidentemente las cualidades necesarias para procurar distracción á una mujer nerviosa y conducirla por esos campos de Dios, cuya llave no quería soltar.

Con gran asombro de los moradores de la calle Vanneau, Marcela hizo que llevasen un carruaje hasta la puerta de su casa, y dió las señas de la casa de la señora de Saire.

Ésta ocupaba en la calle de la Magdalena, en un tercer piso, uno de esos preciosos nidos de que Marcela no tenía la más remota idea,

y que desde luego la produjo cierta impresión. Desde su salón, cuyos muros se hallaban cubiertos de papel oscuro, ya ajado por el uso, y en el que se veían colgados por todo adorno, en marcos medio dorados y antiguos, los retratos de los señores de Baud, de fisonomía avinagrada, se veía transportada de repente á un cuarto tocador, cuyos muros desaparecían bajo la seda almohadillada, sobre las que se veían preciosos trabajos al pastel y magníficas graderías llenas de antiguos platos de Sajonia y diversos objetos de China. En vez del mobiliario sin gracia y sin estilo que la había ofrecido su marido con tanta generosidad, veía alrededor de sí sillones Luis XVI, tapizados con telas que formaban medallones; un *bonheur-du-jour* incrustado en cobre, una mesa de labor de casa de Worms y Lévy, una consola estilo Luis XV, de una elegancia extrema, una *chaise-longue* cubierta de satén gris perla, y sobre la chimenea, para reemplazar el péndulo antiquísimo, la odalisca de Pradier, de mármol blanco, sobre un zócalo negro deliciosamente hecho.

Era un barullo, pero muy artístico, de esos á que tan aficionados son los parisienses y que no tienen parecido con el de un camarote. Si la confusión de los variados estilos hiere la

vista de un coleccionador, en cambio despierta recuerdos diversos, permite al pensamiento vagar por distintas épocas y distrae la vista. Los detalles chocan á veces; pero el conjunto es siempre armonioso, hay unidad en su variedad.

Después de haberse fijado detenidamente en tan precioso salón y haberle comparado con el suyo, Marcela parecía mirar á su alrededor con inquietud. Los portiers, discretamente caídos, las cortinas echadas á medias, la odalisca con sus vestidos tan cortos, las bujías rosas y azules de la araña de cristal de Venecia, la *chaise-longue*, las mujeres escotadas hechas al pastel, los juguetones amorcillos que se veían en la tapicería, los cigarrillos, esparcidos en una bandeja, despertaban los escrúpulos de Marcela y producían mil dudas en su espíritu. El año anterior, en el trayecto de Saint-Brieuc á Paris, el señor de Baud, después de haberse encasquetado, como medida muy prudente, un gorro de terciopelo, se había dormido en Rennes, con la evidente intención de no despertar hasta la estación de Montparnasse, y Marcela, privada de la conversación de su marido, tuvo la idea, para distraerse y ejercer actos de mujer casada, de comprar una de las últimas obras de Arsenio

Houssaye. Hablábase en ésta de ciertas mujeres de costumbres ligeras, que antes se llamaban hetarias, decía el autor, después cortesanas, y más tarde loretas y entretenidas. Habían siempre, según Arsenio Houssaye, el barrio de la Magdalena, y sus habitaciones, descritas con cuidado, parecían semejarse en muchos puntos á aquella donde se encontraba Marcela.

¿Se habría tal vez equivocado? ¿Habría llamado en casa de alguna hetaria en vez de llamar en la de su amiga? ¿Habría preguntado por la señora de Saire, pero podría haber dos y no se encontraba en casa de la que buscaba?

Su inquietud fué en aumento: una de esas doncellas desconocidas por completo en las Costas del Norte y hasta en la calle de Vanneau, una verdadera *soubrette* de comedia, de fisonomía simpática y agradable, con un delantal de seda, y su cofia elegante, adornada con cintas de color de rosa, levantó el portier, y sin entrar en el tocador, dijo á Marcela:

—Mi señorita me encarga que os pida la dispenséis y la concedáis el tiempo preciso para levantarse y echarse un peinador. Si la señora quiere entretenerse en leer algún libro...

Y alargando el brazo, dejó un volumen sobre el mármol blanco de la consola Luis XV,

y desapareció repentinamente, para ayudar sin duda á vestir á su señora.

Marcela cogió el libro: tenía por título *Amores y Adulterios*. Púsose encarnada y echó una ojeada al reloj: ¡eran ya las tres de la tarde, y la dueña de la casa se levantaba entonces!

Indudablemente se había equivocado: no estaba en casa de Lucila. Quiso marcharse, pero en esto se levantó de nuevo el portier y apareció una mujer.

XIII

Era Lucila de Saire una morena de una belleza de tal manera original, que Carlos Durán no pudo resistir al deseo de hacer su retrato, uno de los mejores cuadros de ese joven maestro, célebre, á pesar de su juventud, entre los más notables.

El fondo del cuadro, de un azul oscuro, hacía resaltar el pálido semblante de Lucila. La expresión de sus grandes ojos negros, sonadores y medio cerrados, como si la luz les fatigase, ha sido admirablemente tomada por

el artista; la nariz movable, viviente, con sus ventanas palpitantes, estaba bien dibujada, por más que el pintor la había mejorado bastante; hubiera ganado sin embargo mucho si se le pareciese más, es decir, si fuese más pronunciada. En cuanto á su boca, de labios rojos, carnosos y discretamente sensuales, Carlos la había reproducido del natural, y el éxito que obtuvo da la razón al pintor: las escasísimas mujeres á quienes él consiente en retratar, le piden una boca semejante á la de la señora de Saire, pero él es demasiado concienzudo para acceder á sus deseos.

A fin de reunirse lo más pronto posible con su amiga, Lucila se había apresurado á levantar, recogidos sobre su cabeza, sus abundantes cabellos negros y echarse un peinador de crespón de la China, de color de rosa, lujoso, *des-habillé*, que hacía resaltar maravillosamente la flexibilidad del talle, el desarrollo de sus caderas y la amplitud de su pecho. Pero los cabellos habían sido recogidos con demasiada precipitación, empezaban á sublevarse contra las largas horquillas que los retenían, y muchos mechones rebeldes, esparcidos sobre el peinador, dibujaban en él grandes sombras. Al mismo tiempo los broches de plata que tenían sujeto el peinador al talle, se habían